

La lección que dejó la visita del Sumo Pontífice

Por Justo Oscar Laguna

Poco más de treinta horas duró la presencia del Santo Padre Juan Pablo II en la Argentina.

En este corto tiempo conmovió su figura las fibras de nuestros ciudadanos reunidos a lo largo de la travesía del Pontífice y fundamentalmente congregados por la convocatoria de la Iglesia, en Luján y Palermo.

He tenido la gracia de participar en las visitas que Juan Pablo II hizo a México, Irlanda y Brasil. En ellas encontré multitudes volcadas a su paso, expresándose con fervores de distintos matices, propios de las idiosincrasias de esos pueblos.

No sé de estadísticas, y cuando la mirada se pierde sobre muchedumbres sin encontrar límite, resulta temerario comparar una visita con otra. Quizás, **ninguna de las que vi tuvo la fuerza y el empuje de ésta**, de algún modo con una presencia juvenil monopolizadora que imprimía una emoción que hace inútil números y cálculos.

Pero detenerse en este aspecto de la visita del romano Pontífice, con todo el interés que pudiera tener, es equivocarse el camino a los centros, a la raíz, que nos permita recibir la lección más fiel de este insólito viaje.

Conviene recordar que el mismo Papa no dejó dudas respecto del motivo de su venida: **acompañar nuestro dolor en esta hora difícil y rezar con nosotros por la paz**. Se hace, por tanto, necesario entender este viaje pastoral, tan diverso de los que cuidadosamente prepara-

dos realizó a distintos países, desde la óptica de la paz.

En la carta en que anunció la buena nueva de su viaje a la Argentina lo señalaba en Gran Bretaña, reiterativamente, a lo largo de su trayectoria, apareció como una letanía su plegaria y exhortación constante por la paz. Al pisar tierra argentina desde el primer momento, invocó la paz de Cristo y con audacia evangélica admirable (recordemos que estaba en uno de los países en conflicto) habló "del absurdo y siempre injusto fenómeno de la guerra así como de la lección válida en la que el mundo aprenda a poner por encima de todo, siempre y en toda circunstancia, el respeto a la sacralidad de la vida, a relegar al olvido el recurso de la guerra..."

Palabras de claridad meridiana que expresamente excluyen toda ambigüedad. En el mensaje dirigido a los religiosos, sacerdotes y seminaristas, en la Iglesia Catedral de Buenos Aires, el Papa señala a esta porción escogida del pueblo de Dios que "les corresponde trabajar por la paz y la mutua edificación", a la vez que reitera su venida para orar por la paz, por una digna y justa solución del conflicto armado".

También en Luján, "corazón mariano de la Patria", el Papa pidió a la Reina de la Paz que se encuentren las vías para la solución del actual conflicto", en la paz, en la justicia y en el respeto de la dignidad propia de cada nación".

Pero es sobre todo, en su alocución a

los obispos presentes en la Curia metropolitana de Buenos Aires, donde su pensamiento sobre este tema se profundizó aún más. ("He venido porque tenía prisa en confirmar con mi presencia el profundo afecto que siento por vosotros y en compartir con vosotros mi anhelo de paz y de concordia, entre los hombres del mundo entero").

El Santo Padre recuerda, inspirándose en la *Lumen gentium*, la doble condición, no contrapuesta sino complementaria, del cristiano: "miembro a la vez de la Iglesia con su nota de universalidad y apertura a todas las gentes, y ciudadano también de una patria terrena concreta, de la cual recibe tantas riquezas, de lengua, de cultura, de tradición e historia, de carácter y modo de ver la existencia, los hombres, el mundo".

Precisamente el Pueblo de Dios, porque es la unidad en la variedad, comunidad de hombres y pueblos diversos que no pierden su diversidad, aparece como germen y principio vital de la paz universal.

Esto "que acontece en el Pueblo de Dios sirve de base para que se cree lo mismo entre los hombres. Es por ello que la universalidad de la Iglesia no se opone ni entra en conflicto con el patriotismo, al contrario lo integra, reforzando los valores que tiene, sobre todo, el amor a la propia patria, llevado si es necesario al sacrificio, pero al mismo tiempo abriendo el patriotismo de cada uno al patriotismo de los otros".

Estas reflexiones del Pontífice profundizan el carácter concreto del amor a la Patria (cuando se intentan abstracciones que eluden el amor a lo más

cercano, se termina por no amar a nadie).

El amor a la humanidad, sin amor a los hombres concretos de nuestra historia personal, termina por no permitirnos siquiera el amor a nuestro vecino. Pero también el amor a la propia Nación, para ser justo y ordenado, requiere elevarse sobre sí mismo y saber encontrar en otros pueblos y naciones valores que pueden integrarse y enriquecer nuestra propia identidad.

Patriotismo y universalidad, que el sucesor de Pedro armoniza, señalando a los obispos un importante e insoslayable camino pastoral.

El obispo sirve a su misión particular, en la Iglesia Diocesana, donde de algún modo se realiza el misterio de la Iglesia Universal, y es a la vez signo de apertura a lo católico a nivel continental y mundial.

El obispo es testigo de universalidad y es a la vez testigo de patriotismo, en cuanto pertenece y pastorea un determinado pueblo con características propias.

El obispo fue puesto por el Espíritu, en este punto de convergencia de ambas dimensiones. "El obispo tiene la obligación y el privilegio, la alegría y la cruz de ser promotor de la irrenunciable identidad de las diversas realidades que componen su pueblo, sin dejar de conducirlos a esa unidad sin la cual no existe el Pueblo de Dios".

El obispo ha de ser siempre artífice de armonía, paz y reconciliación, "porque Dios nos confió el ministerio y la palabra de reconciliación" (2 Cor 5, 18-19).

Este ministerio y palabra de reconciliación ha de ser ejercido y proclamado

no solo en el corazón de la Iglesia donde tratará siempre de rehacer la comunión y la paz, sino también en el mundo (la Iglesia es de algún modo; "forma mundi"), donde un pastor "no puede callar la palabra de reconciliación, ni dispensarse del ministerio de la reconciliación también para el mundo, en el cual, fracturas, divisiones, odios y discordias rompen constantemente la unidad y la paz".

El Papa viene a confirmar a sus hermanos "en la misión de reconciliados". Es tarea "muy grande y urgente", aunque "difícil y costosa".

El cumplimiento decidido de los obispos de esa tarea, facilita la labor del Papa, heraldo universal de la reconciliación y la paz.

Baste esta rápida mención de los puntos principales del mensaje del Santo Padre a los obispos para redescubrir el insoslayable papel que los obispos juegan, en este trágico conflicto del Atlántico sur, que enluta a nuestra patria, para encontrar una "solución pacífica y estable dentro del respeto de la justicia y la dignidad de los pueblos afectados".

La excepcional concentración de Palermo, la vibrante homilía del Santo Padre, la respuesta espontánea de miles de voces repitiendo "queremos la paz", la emocionante referencia hecha ante las máximas autoridades de la República, con audacia apostólica, acerca del mensaje de paz que la juventud inglesa, especialmente en Cardiff, envió a los jóvenes argentinos, no oscurecen, sino iluminan, la importancia del mensaje a los obispos.

El Papa con una fuerza inusitada resumió la razón de ser de su viaje.

verdadera gracia de Dios para nuestro pueblo, diciendo a los jóvenes: "No dejen que el odio marchite las energías generosas y la capacidad de entendimiento que todos llevan dentro". "Hagan con sus manos unidas, junto con la juventud latinoamericana... una cadena de unión más fuerte que las cadenas de la guerra".

Estas palabras fueron dirigidas principalmente a la juventud, prioridad pastoral del Episcopado argentino, pero sus destinatarios son todos los ciudadanos, especialmente quienes nos gloriamos con el nombre de cristianos.

La lección más importante de este viaje tan fugaz, pero sin embargo tan rico de Juan Pablo II a nuestra patria, es habernos recordado la absoluta vigencia, la permanente actualidad de aquella bienaventuranza del Monte: "Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios" (Mt. 5, 9).

Pasada la justificada alegría por la presencia del Santo Padre, enfrentados a la dura realidad de una guerra cada vez más cruenta y dolorosa, cada uno de los argentinos, porque amamos profundamente a la patria, hemos de asumir nuestro trabajo, cotidiano, crucificante, oscuro, para lograr la victoria de la paz sobre la guerra.

Así, y solo así, habremos escuchado, asimilado y puesto por obra, la lección del papa Juan Pablo II.

Justo Oscar Laguna es obispo de Morón y presidente del Equipo Episcopal de Pastoral Social.